



688170

Crónica Literaria

Por ALONE

DON DIEGO PORTALES, PERSONAJE DE NOVELA

Teníamos uno en que el político "malgré-lui", al parecer, el más realista, despertó en una escritora ilustre el más profundo amor; su fruto acaba de editarse por tercera vez; a la autora de "La Quintrala" no le disgustaban los temas bravos.

Ahora tenemos otro recién impreso, prestigiado por el nombre de Jorge Inostroza, que tampoco rehúye los personajes difíciles y también conoce el arte de resucitar a los muertos.

Aunque ¿puede hablarse de difuntos tratándose del inmortal Ministro?

Basta haberse acercado un poco a sus cartas para sentirle la poderosa vibración que los volúmenes de Encina, traspasando la historia, lanzan tícidamente las regiones del poema y el drama, sin salirse por eso de la realidad.

Don Diego da para todo.

¿Hay otro donde las paradojas, absurdos y contradicciones choquen con tanta violencia y la verdad, documentada, o tangible, se acerque más a la fábula?

He aquí a un aristócrata de nacimiento, con antepasados santos y principesos, aunque entre ellos no falta algún bribón, cuyo gusto predilecto eran las zamacuecas populares, el baile entre plebeyos de rompo y rasga y que, cuando se irritaba, lo que ocurría a menudo con sus abruptos hacia enrojecer a los carceleros; comerciante, como tal ávido de la ganancia fácil y que, dueño de las finanzas públicas desempeña gratis tres Ministerios y apurado por las deudas, se indigna cuando le aconsejan cobrarle los préstamos que le ha hecho al Fisco y aun rechaza sus propios sueldos; amante feliz que siembra sin escrúpulos los hijos naturales y se niega a casarse con la madre de tres de ellos, bella, joven, rica y de superior categoría, por no profanar el recuerdo de su adorada esposa, único amor de su existencia... ¿Hay novelista capaz de atropellar de ese modo las leyes de la verosimilitud?

Tal vez por eso, porque ya no cabía novela más novelesca, ocurre que Magdalena Petit y Jorge Inostroza coinciden exacta y detalladamente en contar la misma historia y sólo un leve halo de mayor poesía podría observarse en el relato de la una y la narración del otro.

Bajo los golpes de los hechos, ambas estatuas resuenan como forjadas del mismo metal.

Digna de celebrarse, por un lado, como testimonio histórico, esta coincidencia deja por otro al lector en el mismo punto que antes, con una serie de curiosidades vivas. Entre ellas, la mayor: ¿Por qué rehusó tan tenazmente don Diego casarse con doña Constanza? La explicación, digámosle oficial, demasiado romántica, resulta poco creíble aun en la plenitud del romanticismo histórico, poético, literario, religioso, etc.

Esa explicación reside íntegra en la famosa carta de don Diego a su padre cuando éste le insinúa la idea de volver a casarse. En una novela, estaría bien. El primer dolor de la viudez, para un apasionado que no había amado nunca hace brotar naturalmente las promesas del amor eterno y considera una profanación sacrilega la sola posibilidad del olvido. Pero en la realidad, ¿cómo evitar que el tiempo pase y las flores eternas se marchiten?

Además, Encina lo observa, don Diego no era de los que viven con los ojos fijos en el pasado. Tomó de la monarquía y de la Colonia lo que cada una ofrecían de vivo y aprovechable; pero desechó implacablemente todo lo demás y ninguna novedad por audaz que fuera lo asustaba. Era una de sus características. ¿Cómo, por qué extraño fenómeno, aquella porfía excepcional?

Si hubiera realizado su primitivo impulso de vestir los hábitos de un convento se comprendería esa consagración a la soledad dentro de la religión; pero nada más apartado de ese rumbo que su camino después y el entusiasmo y la ligereza con que al gran amor único y puro sucedieron los amores numerosos, sin grandeza.

La verdad es que todo permite sospechar que tras el venerable muro, había algo más. Prácticamente, no sabemos nada de doña Constanza, sino que fue una muchacha de carácter resuelto, capaz de hacerle frente a legiones de tías, por marquesas y baronesas que fueran. Basta sólo pensar en la energía de carácter que eso revela para comprender que don Diego decidiera pensarlo dos veces antes de resolverse.

Lo malo es que no solamente lo pensó dos veces, sino algunas más, lo suficiente para que sus tres hijos nacieran y sufrieran fuera de un matrimonio que no ofrecía obstáculo visible y por lo mismo debía hacerlos suponer más graves.

¿Tanta y tan invencible afición los profesaba a "sus comadres" de cueca y zapateo y tanto deleite sentía acompañándolas con tamborero de arpa y guitarra?

Acostumbramos decir que el hombre es contradictorio y múltiple y su corazón un abismo; pero una cosa es decirlo y otra encontrárselo atravesado en el camino y tener que rendirse a la evidencia de que todo cabe allí, desde el metal más noble hasta la más vil escoria.

Pues bien, delante de ese misterio indecifrable, de esa incompatible antinomia, el novelista y la novelista pasan con el mismo gesto de silenciosa aceptación, como si se tratara de algo natural, murmurando a lo sumo entre dientes con inmemorial resignación:

— ¡Hay cosas tan raras!

Vieja sentencia que les abre las puertas a todos.

Don Diego Portales, personaje de novela [artículo] Alone.

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Don Diego Portales, personaje de novela [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile